

EL DEFENSOR DE GRANADA

DIARIO INDEPENDIENTE
(1.ª EDICION.)

Este periódico es el órgano de la prensa independiente de Granada y de la provincia de Granada. Sus redacciones se encuentran en Granada, Almería y Sevilla. Suscripciones: En Granada, un mes, 170 pesetas; en el resto de la Península, Baleares y posesiones españolas del N. y O. de África, un trimestre, (pago anticipado), 500 pesetas; en las posesiones españolas de América, un semestre, (pago anticipado), 1700 pesetas; en el extranjero, un semestre, (pago anticipado), 3000 pesetas. En las posesiones españolas de Occidente, un semestre (pago anticipado), 500 pesetas.

Este periódico publica una vez por semana un suplemento de noticias y de la actualidad de la provincia de Granada y de la Península. Suscripciones: En Granada, un mes, 170 pesetas; en el resto de la Península, Baleares y posesiones españolas del N. y O. de África, un trimestre, (pago anticipado), 500 pesetas; en las posesiones españolas de América, un semestre, (pago anticipado), 1700 pesetas; en el extranjero, un semestre, (pago anticipado), 3000 pesetas. En las posesiones españolas de Occidente, un semestre (pago anticipado), 500 pesetas.

En Granada, un mes.	170 pesetas.
En el resto de la Península, Baleares y posesiones españolas del N. y O. de África, un trimestre, (pago anticipado).	500 "
En las posesiones españolas de América, un semestre, (pago anticipado).	1700 "
En el extranjero, un semestre, (pago anticipado).	3000 "
En las posesiones españolas de Occidente, un semestre (pago anticipado).	500 "

Director y Administrador,
LUIS SECO DE LUCENA.
Calles 6 Imprenta Calle de Don Sances, 6.
TELEFONO núm. 10.
Ejemplares sueltos: del día, 5 céntos; del mes corriente, 15 céntos; de meses anteriores, 1 peseta.

Anuncios.—Tarifa: 5 céntos de pascha línea en la 4.ª plana.—50 céntos en la 3.ª.—50 céntos, después de la Miscelánea.—1 peseta en la 1.ª (pago anticipado).—Los anuncios ordinarios y de espectáculos públicos, pagarán a razón de 10 pesetas línea en la 1.ª plana, 5 en 2.ª y 3 en 3.ª. Regulares mensuales.—Tarifa: 4 pesetas cada inserción a una columna de la 4.ª plana.—3 en la 3.ª.—2 en la 1.ª (pago anticipado). Comunicaciones.—Tarifa: De 1 a 50 palabras línea, a juicio del Director. (Pago anticipado).

UNA FECHA MEMORABLE.

La Coronación de Zorrilla.

Es la de hoy una fecha inolvidable para Granada, porque el 22 de junio de 1889, al calor de su patriótico entusiasmo, bajo la égida del Jefe de Estado, con las simpatías y el apoyo de las Cortes, el parabien de todos los hombres eminentes, el concurso eficaz y valiosísimo de la prensa y el espíritu de la Nación, hudo de ceñir los inmarcesibles laureles del génio á la augusta cabeza del egrégio cantor de la Alhambra D. José Zorrilla.

los elogios que le tributó la prensa y, por espacio de seis meses, honraron casi todos los días las columnas de EL DEFENSOR. Pero no fué el exaltamiento de sus virtudes la única gloria que Granada, en la coronación de Zorrilla, mereciera; algomás importante consiguió: establecer vínculos de fraternidad y corrientes de simpatía entre ella y el poderoso municipio de Barcelona y fecundas relaciones de recíproca amistad con Valladolid, y otros ayuntamientos de la península, con las Academias y Ateneos, Sociedades y Centros literarios, próceres y hombres públicos, escritores y periodistas insignes, árbitros de la opinion, que nos honraron con su visita y en los que tendremos siempre, si el infortunio nos afige, amigos y valedores que no olvidaran la afectuosa solicitud con que aquí se les atendiera.

démicas, lo revela su carácter inquieto, perfectamente retratado en la libertad genial de su inspiración. Que es un alma sensible y apasionada lo escribe él mismo: Yo nací para amar y ser amado; yo concebí, desde mi edad más tierna, que el calor del hogar y la familia es el solo que nutre y que calienta. ¿Que no ha buscado inspiración sino en las fuentes de la vida nacional? ¡Lejos de mí la historia tentadora de agena tierra y religion profana! Mi voz, mi corazón, mi fantasía la gloria cantan de la patria mia. ¿Que ha llevado una vida azarosa, llena de emociones, de obstáculos, de vaivenes de la pobreza, de arranques y desalientos, de empresas y aventuras? Yo sentí por la vida un vago hastío, caí en la más profunda indiferencia... y para ir á morir tendí la vista á los desiertos páramos de América.

sobre su punto verde desvanecese al fin. ¿Nervio y valentía? Infiel tengo de ser con los infieles; vil he de ser con quien por mil me toma. Sangre habrá, vuestros blancos almeceles rojos serán; y pues la guerra os doma, pesebes han de ser de mis corceles los profanos altares de Mahoma; y las ricas doncellas africanas, esclavas de mis pobres castellanas. ¿Grandeza, animación, colorido, riqueza de rima, flexibilidad de ingenio? En cualquiera de sus obras hay parajes diversos que ostentan esas varias cualidades. Y en el país de el ámbar y las cedreñas gomas incorruptible guardan de larvas y carcomas al cedro, y andan llenos los céfiros de aromas, y en el que amantes crecen las palmas dos á dos; y en el que en lagos frescos, agnajes de palomas, fabrican los castores sus cabañuelas romas, por útiles sus colas llevando de sí en pos; y de el salvaje vive de nisperos y pomar; y en el desierto estéril, y en las aradas lomas... por donde quier que he ido... no he visto más que (á Dios).

No existe en los anales literarios de esta ciudad, cuyos reflejos llenan de clarísima luz la historia patria, un hecho que pueda compararse, por la trascendencia de su significación y de sus caracteres de universalidad, con el de la coronación del gran poeta, cuyas analogías es preciso buscarlas en los fastos de Grecia y Roma. La coronación del inmortal Quintana, con ser magestuosa y solemnísimas, no fué como la de Zorrilla un acto eminentemente popular. Celebrose bajo la estrecha bóveda del Senado, en presencia de reducido número de personas, sin la intervención del pueblo. La de Zorrilla, por el contrario, sin que le faltase ninguno de los elementos que coadyuvaron á la de Quintana, debióse principalmente á las iniciativas populares, que intervinieron en ella de un modo directo, entusiasta y espontáneo; se verificó al aire libre, sobre un trono de flores, en el sitio más bello del mundo, donde la Naturaleza ha concentrado su hermosura, la poesía sus encantos, la tradición sus misterios y la historia sus grandezas.

Aparte de estas consideraciones, Granada no puede menos de sentirse orgullosa de la Coronación, porque fué un acto de justicia, que el país reclamaba, un acto de amor que sus sentimientos le imponían, un testimonio de gratitud que al venerable cantor de sus tradiciones era debido y, sobre todo, porque fué ocasión para que la Reina Regente, accediendo á las súplicas de Zorrilla y como agasajo digno de la real magnificencia, ejercitase la más augusta prerrogativa del poder soberano, concediendo la vida á un hombre y secando las lágrimas de la mujer y los hijos que lloraban su espantoso infortunio y se estremecían de horror ante la triste y desconsoladora orfandad que les aguardaba tras el patíbulo en que el padre iba á morir ajusticiado y legándoles por único patrimonio, su afrenta.

¿Que ha logrado imponerse á la consideración pública y á ser como una excepción gloriosa entre todos los cultivadores de la gaja ciencia? Ahí está su discurso de recepción en la Academia española, escrito en verso; libertad que á nadie se le habia consentido hasta entonces, ni probablemente se volverá á consentir. ¿Que siempre se ha curado poco de los intereses materiales, como todos los de su raza? Lo pregonan sus obras dramáticas, cedidas por misera cantidad á editores que se han enriquecido con ellas. ¿Que vive con modestia, que habla con sencillez, que procede con candor, que tiene, en fin, la sublime llaneza de los grandes hombres? El que una sola vez lo haya siquiera visto, así lo concibe y reconoce. A través de su cabeza simpática, se descubre sin esfuerzo alguno su espíritu. Tiene un rostro de cristal, y dentro luz. ¿Su mérito como poeta? ¿Sus cualidades geniales? ¿La belleza de sus obras? Si hubieran de mostrarse á alguien modelos de todos los primeros poéticos, sin salir de las producciones de Zorrilla se les podrían ofrecer acabados. ¿Talento descriptivo? Lanzóse el fiero bruto con impetu salvaje ganando á saltos locos la tierra desigual, rompiendo de los brezos el áspero ramaje con riesgo de la vida de su jinete real. Él con entrambas manos le recogió el rendaje hasta que el rudo bello tocó con el pretal; más todo en vano: ciego, gimiendo de coraje, indómito al escape tendiose el animal. ¿Naturalidad en la frase? Echó pié á tierra el primero; y al dar la brida al de atrás, —Aquí,—dijo,—esperarás; y el otro dijo: Aquí espero.

Ha cultivado todos los géneros, ha tocado todos los asuntos, y siempre con inspiración. Es un génio para el cual no hay ocaso. Dicen algunos que Zorrilla no es un poeta, sino un músico; que es un versificador gárrulo y antojadizo, lleno de ripios y de giros gramaticales viciosos. Yo respeto la opinion de esos sabios, que mucho deben serlo y muy clara conciencia deben tener de que lo son, cuando así ponen mano en obras que la nación aplaude y celebra. Pero me parece disparatada. Depende esta diversidad de opiniones, del concepto que cada cual se forma de la poesía. Porque la verdad es, que yo oigo encontrar muchas obras poéticas, y poner en las nubes á muchos escritores, que ni han entrado en el Parnaso, ni han pasado siquiera por la puerta. ¿Qué profundidad de idea! ¿Qué originalidad de expresión! ¿Qué frase tan correcta! oigo decir con alguna frecuencia de esas obras, á gentes que parecen ilustradas. Y yo, pecador de mí, no suelo ver en esa profundidad sino maraña enfadosa, ni en esa originalidad más que extravagancia, ni en esa corrección otra cosa que la obra del martillo y el escoplo. Yo me figuro á esos poetas que se llaman transcendentales, sentados ante la mesa de su despacho, con los codos fijos en ella y la cabeza entre las manos, sudando por todos los poros de su cuerpo para tropezar con un pensamiento profundo, ni más ni menos que si se ocuparan de sacar, á fuerza de puños, algo de un pozo muy hondo. Y despues de hallada alguna idea, que no tiene de ordinario más mérito que el trabajo que ha costado al autor sacársela de la cabeza, es de ver cómo entra en el yunque para que salga á golpe limpio ajustada á cartabon. Si esa es la poesía y esos son los poetas, Zorrilla no tiene parentesco alguno con las Musas, ni las conoce, ni las ha visto nunca. Pero la poesía no es eso, á mi modo de entender. No es un arte para hacer principalmente pensar, sino para hacer sentir. Esas composiciones que se han de leer, segun la frase vulgar, como beben las gallinas, es decir, tomando una gota y despues mirando al cielo para tragarla; esas estrofas que son como las gracias alemanas, que no hacen reir sino á los ocho días, constituyen cualquier cosa, menos obras poéticas. La poesía es lo que recrea, lo que cautiva, lo que emociona, lo que tiene luz y armonía. Lo demás será filosofía, será historia, será álgebra, ó será humorada, ó algo peor; pero no poesía ciertamente. La Naturaleza misma tiene perpetua y claramente hecha esa distinción.

Del palacio de Carlos V, con sus muros de piedra tostada por el sol y sombreada por el tiempo, sin otra techumbre que la radiante bóveda azul del cielo granadino, ni más adornos que guirnalda de laurel y rosas y tapices de terciopelo y oro, al recinto empapelado de la alta Cámara, hay una diferencia incalculable. Entre el desfile de los gremios, sociedades y corporaciones que, en número de doce mil personas, presididas por los ayuntamientos de Valladolid, Barcelona y Granada, ondeando estandartes y banderas multicolores, llevando á los piés de Zorrilla, con la emocion y las aclamaciones de un entusiasmo indescriptible, ofrendas de su cariño y de su respeto, y el desfile austero, rígido y ceremonioso de los invitados, á presenciar el justo, pero frio homenaje que se rindió á Quintana, no hay comparación posible. Luego, aquel recibimiento que la ciudad, delirante de alegría, tributó á su poeta amado y que no se puede recordar, sin que lágrimas de emocion salten á los ojos, y aquella fiesta incomparable, la *Leida*, que se nos ofrece en el pasado con la dulce melancolía de un sueño de hadas y la poética vaguedad de los maravillosos cuentos de las mil y una noches, fueron tambien encantos que difícilmente volverán á concurrir en un acontecimiento de esta índole y que Granada recuerda con deleite y satisfacción.

Bendigamos, pues, la hora feliz en que el Liceo, intérprete de las aspiraciones nacionales, acordó la Coronación del poeta; y, al evocar el dulce y glorioso recuerdo de aquellos dias que perpetuaránse en la Historia por el noble entusiasmo con que esta ciudad supo responder á los sentimientos de la Patria, enviemos á Zorrilla el cariñoso saludo que, al pronunciar su nombre, palpita en el corazón y brota en los labios de su amante Granada.

¿Fantasia y dominio en la forma? Vió Dios su forma móvil ir alba y luminosa, primero como cándida paloma vagarosa, despues como una ingrátida y blanca mariposa, despues como luciérnaga pequeña y revoltosa, que bule entre los brotes del csped de un jardín, entrar en nuestra atmósfera, llegar al globo junto, tocar el verde punto del español confín, y en él, cual gota de agua que se evapora y pierde,

Yo me figuro á esos poetas que se llaman transcendentales, sentados ante la mesa de su despacho, con los codos fijos en ella y la cabeza entre las manos, sudando por todos los poros de su cuerpo para tropezar con un pensamiento profundo, ni más ni menos que si se ocuparan de sacar, á fuerza de puños, algo de un pozo muy hondo. Y despues de hallada alguna idea, que no tiene de ordinario más mérito que el trabajo que ha costado al autor sacársela de la cabeza, es de ver cómo entra en el yunque para que salga á golpe limpio ajustada á cartabon. Si esa es la poesía y esos son los poetas, Zorrilla no tiene parentesco alguno con las Musas, ni las conoce, ni las ha visto nunca. Pero la poesía no es eso, á mi modo de entender. No es un arte para hacer principalmente pensar, sino para hacer sentir. Esas composiciones que se han de leer, segun la frase vulgar, como beben las gallinas, es decir, tomando una gota y despues mirando al cielo para tragarla; esas estrofas que son como las gracias alemanas, que no hacen reir sino á los ocho días, constituyen cualquier cosa, menos obras poéticas. La poesía es lo que recrea, lo que cautiva, lo que emociona, lo que tiene luz y armonía. Lo demás será filosofía, será historia, será álgebra, ó será humorada, ó algo peor; pero no poesía ciertamente. La Naturaleza misma tiene perpetua y claramente hecha esa distinción.

El poeta Zorrilla.

El mejor elogio que puede hacerse del poeta Zorrilla, es escribir su nombre. Pasa con él, lo mismo que con los objetos bellos de la Naturaleza que todo el mundo conoce. Basta nombrarlos. Y si eso no basta, todo es insuficiente para darlos á conocer. Al que tenga ojos, no hay mejor manera de hacerle comprender la luz, que mostrársela. El que no los tenga, no hay manera alguna de que la conciba. ¿Quién no ha leído á Zorrilla? ¿Quién no sabe de memoria sus versos? ¿Quién no los repite con frecuencia para deleitarse? Zorrilla es más que un poeta, es más que un nombre famoso: es una personificación nacional, y al mismo tiempo un amigo querido de todo el que sabe leer. Casi al mismo tiempo que á rezar, aprendimos á saborear las dulzuras de su incomparable versificación. Pensamos en él como se piensa en los amigos de nuestra infancia, en la ilusión de nuestros primeros amores, en los sitios que han sido testigos de nuestros primeros ensueños. ¿Hacer su historia?... ¿Para qué? El que no la sabe, por fuerza ha de suponerla, adivinando al menos sus principales rasgos. Que nació en los primeros años de este siglo, lo dice su cabeza, donde el tiempo y el pesar han dejado marcas indelebles, al mismo tiempo que la gloria ha impreso su luminosa huella. Que no se sujetó jamás á disciplinas aca-

demias, lo revela su carácter inquieto, perfectamente retratado en la libertad genial de su inspiración. Que es un alma sensible y apasionada lo escribe él mismo: Yo nací para amar y ser amado; yo concebí, desde mi edad más tierna, que el calor del hogar y la familia es el solo que nutre y que calienta. ¿Que no ha buscado inspiración sino en las fuentes de la vida nacional? ¡Lejos de mí la historia tentadora de agena tierra y religion profana! Mi voz, mi corazón, mi fantasía la gloria cantan de la patria mia. ¿Que ha llevado una vida azarosa, llena de emociones, de obstáculos, de vaivenes de la pobreza, de arranques y desalientos, de empresas y aventuras? Yo sentí por la vida un vago hastío, caí en la más profunda indiferencia... y para ir á morir tendí la vista á los desiertos páramos de América. ¿Que ha logrado imponerse á la consideración pública y á ser como una excepción gloriosa entre todos los cultivadores de la gaja ciencia? Ahí está su discurso de recepción en la Academia española, escrito en verso; libertad que á nadie se le habia consentido hasta entonces, ni probablemente se volverá á consentir. ¿Que siempre se ha curado poco de los intereses materiales, como todos los de su raza? Lo pregonan sus obras dramáticas, cedidas por misera cantidad á editores que se han enriquecido con ellas. ¿Que vive con modestia, que habla con sencillez, que procede con candor, que tiene, en fin, la sublime llaneza de los grandes hombres? El que una sola vez lo haya siquiera visto, así lo concibe y reconoce. A través de su cabeza simpática, se descubre sin esfuerzo alguno su espíritu. Tiene un rostro de cristal, y dentro luz. ¿Su mérito como poeta? ¿Sus cualidades geniales? ¿La belleza de sus obras? Si hubieran de mostrarse á alguien modelos de todos los primeros poéticos, sin salir de las producciones de Zorrilla se les podrían ofrecer acabados. ¿Talento descriptivo? Lanzóse el fiero bruto con impetu salvaje ganando á saltos locos la tierra desigual, rompiendo de los brezos el áspero ramaje con riesgo de la vida de su jinete real. Él con entrambas manos le recogió el rendaje hasta que el rudo bello tocó con el pretal; más todo en vano: ciego, gimiendo de coraje, indómito al escape tendiose el animal. ¿Naturalidad en la frase? Echó pié á tierra el primero; y al dar la brida al de atrás, —Aquí,—dijo,—esperarás; y el otro dijo: Aquí espero.

¿Propiedad y donaire en la expresión? Metieron en un convento á Doña Inés de Alvarado, y obraron con poco tiento; porque nunca fué su intento tomar tan bendito estado. ¿Fantasia y dominio en la forma? Vió Dios su forma móvil ir alba y luminosa, primero como cándida paloma vagarosa, despues como una ingrátida y blanca mariposa, despues como luciérnaga pequeña y revoltosa, que bule entre los brotes del csped de un jardín, entrar en nuestra atmósfera, llegar al globo junto, tocar el verde punto del español confín, y en él, cual gota de agua que se evapora y pierde,

Yo me figuro á esos poetas que se llaman transcendentales, sentados ante la mesa de su despacho, con los codos fijos en ella y la cabeza entre las manos, sudando por todos los poros de su cuerpo para tropezar con un pensamiento profundo, ni más ni menos que si se ocuparan de sacar, á fuerza de puños, algo de un pozo muy hondo. Y despues de hallada alguna idea, que no tiene de ordinario más mérito que el trabajo que ha costado al autor sacársela de la cabeza, es de ver cómo entra en el yunque para que salga á golpe limpio ajustada á cartabon. Si esa es la poesía y esos son los poetas, Zorrilla no tiene parentesco alguno con las Musas, ni las conoce, ni las ha visto nunca. Pero la poesía no es eso, á mi modo de entender. No es un arte para hacer principalmente pensar, sino para hacer sentir. Esas composiciones que se han de leer, segun la frase vulgar, como beben las gallinas, es decir, tomando una gota y despues mirando al cielo para tragarla; esas estrofas que son como las gracias alemanas, que no hacen reir sino á los ocho días, constituyen cualquier cosa, menos obras poéticas. La poesía es lo que recrea, lo que cautiva, lo que emociona, lo que tiene luz y armonía. Lo demás será filosofía, será historia, será álgebra, ó será humorada, ó algo peor; pero no poesía ciertamente. La Naturaleza misma tiene perpetua y claramente hecha esa distinción.

El árbol dá flores que deleitan, y frutos que mantienen.

El sol, luz que alegra y calor que vivifica.

El mar, espumas que recrean y sales que confortan.

El cielo, arboles que encantan y nubes que fertilizan,

La poesía es la flor y la luz y el arrebol y la espuma.

Hablar y expresar lo que tienen los objetos de hermoso, eso es ser poeta.

¿Que la flor se marchita, que la luz pasa, que la espuma se desliza y que el arrebol se pierde?

Pero los árboles dan eternamente flores, y el sol luz, y el cielo arboles, y el mar espumas. Y con ese nacer y morir, la Naturaleza, como la poesía, es siempre caduca y siempre joven.

La poesía es lo bello, y lo bello es lo que resplandece y lo que se descubre, por tanto, á la primera mirada.

¿Es que no hay belleza en la intimidad, en el fondo de las cosas?

¿Quién lo duda? Pero esa belleza es poesía en la obra del genio, á condicion de que el genio descubra el fondo de las cosas y lo muestre fácil é inmediatamente á los ojos del espíritu.

Ese es precisamente el mérito, y esa la virtud del poeta: sacar á la superficie lo que está en el fondo y ofrecer resplandeciente lo que á la mirada general es oscuro.

Zorrilla, dicen esos Aristarcos, halaga y regocija el ánimo, pero no deja nada.

¿Que no deja nada! ¿Pues no es nada la emoción de lo bello? ¿No es nada la vibración del sentimiento? ¿No es nada la cultura del corazón, ni la costumbre de despertar en él afectos nobles y puros?

¿No es el sentimiento una facultad? ¿No es una realidad lo bello?

¿No deja nada! ¿Querrán esos sábios *trascendentales* que la lectura de cada verso les deje una moneda en el bolsillo, ó un medio seguro en la cabeza de hallar la piedra filosofal?

¡Incorrecciones, desigualdades, giros viciosos, decaimiento!

¡Claro, está! Todos los géneos, todos los poetas fecundos, todo lo que representa, en general, fuerza esencialmente creadora, los tienen.

Por eso hay que ver y juzgar á los géneos en la totalidad, en la unidad de sus obras, y no en sus detalles. Los detalles aislados no son jamás datos serios de juicio. Lo que en sí con tituye un pormenor deforme, puede ser elemento de belleza en el conjunto.

A los poetas hay que verlos en las alturas de su inspiración; no en el espacio reducido de una crítica menuda.

A las águilas hay que verlas en el espacio, remontando el vuelo sobre las nubes; no en el suelo, heridas por el plomo traidor del que acecha.

Zorrilla es un poeta de verdad. Véamosle cernirse sobre las nubes. Observemos su vuelo para admirarle, y no para acechar el momento de disparar sobre sus alas el plomo que las quiebra.

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Las fiestas de la Coronación.

La entrada de Zorrilla en Granada.

Jamás rey alguno ni autoridad por alta que fuese tuvo triunfo semejante al de Zorrilla, ni después de una victoria, ni á raíz del más grande hecho histórico.

Desde la pintoresca Loja á Granada, en cada estación y en cada sitio se habían alzado arcos de follaje y de flores y se habían puesto banderas y colgaduras para festejar al poeta.

La estación de Granada hervía llena de un gentío inmenso compuesto de representaciones de sociedades, de autoridades de la población y de toda clase de personas.

Una banda de música abría sus atriles colocados en grande círculo, sobre los cuales blanqueaban las abiertas hojas de música enseñando los rasgos extraños de las notas.

Millares de farolillos de colores hacían brillantes arabescos de luces y desplegaban haces de reflejos que caían sobre la apiñada muchedumbre.

A las nueve de la noche oyose el trágico del tren agitando sus émbolos y ruedas, arrojó la locomotora los últimos penachos de vapor revueltos con ascuas como chispas de coral candente, penetró con su hilera de vagones bajo el alto tinglado, y la muchedumbre se agolpó á la ventanilla, en cuyo marco veíase responder á los vivas y aclamaciones del viejo poeta que volvía después de tantos años á Granada, el cantor de las tradiciones y leyendas españolas.

Fuera de la estación, aguardaba un pú-

blico impaciente ansioso de rodear el coche del poeta y arrojar sobre él un diluvio de bravos y aclamaciones. De la marea de gente surgía ese hervir ronco y prolongado propio de las muchedumbres llenas de entusiasmo; y los diálogos vivos y alegres, el nombre de Zorrilla rodando de boca en boca y multiplicándose como la luz á través de un cristal tallado, los gritos, las voces, el haz formidable de sonidos derramándose y cundía, como por la playa el tropel sonante de las olas.

Ocupó Zorrilla un lujoso coche en unión del alcalde de Granada, de Seco de Luena alma y vida de la coronación, y del Gobernador D. Eugenio Sellés, eminente autor dramático, y púsose en movimiento el carruaje seguido de otros muchos que tomaron la dirección de la Alhambra.

Imposible es describir en un limitado cuadro el tránsito que recorrió el ilustre poeta, entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Iban delante bandadas de chiquillos, indispensables en toda fiesta popular, levantando un griterío inmenso y dando inusitados brinco y cabriolas. Unos con faroles en las manos, otros con luces de diverso género, componían, vistos desde lejos en la sombra, una extraña danza de puntos luminosos, un tejido de reflejos como el de una procesion fantástica celebrada en las horas de la noche.

En derredor del coche, un grupo numeroso de hombres del pueblo con la alegría de la fiesta en el semblante, ondeaban en el aire rojos hachones que producían efecto grandioso en el cuadro; pendían de los balcones flotantes colgaduras con flores, dibujos y bordados; agolpábase á las ventanas un gentío inmenso que saludaba con millares de pañuelos al poeta, y un brillantísimo incendio, una hoguera radiante, un desbordamiento de rayos salía de las infinitas luces de Bengala que iban iluminando la carrera.

Los vivas se derramaban con esa vaguedad de la noche y se perdían en el abierto espacio semejantes al rumor distante del mar.

Por la cuesta de la Alhambra, los caballos resoplaban arrastrando los carruajes, donde iba á romperse el vivo reflejo de las luces.

Redoblaban las salvas de aplausos, gritaba el pueblo aclamando al poeta cantor de sus glorias, daban los hachones reverberaciones fantásticas á la extraña pintura, y aquel paso de triunfo resbalaba bajo los arcos de árboles que dán con la punta de su último tallo en los cielos.

Zorrilla descendió del coche con toda la comitiva en el hermoso cármén de los Mártires, y allí recibió al numeroso público que estuvo durante dos horas desfilando á su presencia.

Después, entregose al reposo, necesario para serenarse de tanta emoción, y dormía por primera vez en uno de esos alcázares de hadas tantas veces descritos por su pluma, donde suena como una cadencia celestial la ráfaga de aire agitando la madre-selva de la ventana, y el gorgoleo del surtidor estrellando en la taza de marmol su brillante arco de perlas.

El Homenaje nacional.

No puede imaginarse más sublime escenario que este de Granada para celebrar en él la fiesta del entusiasmo, de un entusiasmo vivo y delirante como jamás ha sonado en ovación alguna, ni aun en las fiestas descritas por los poetas clásicos en tributo á los héroes de sus poemas.

Yo he visto con la imaginación el brillante desfile por un lugar de Constantinopla descrito en párrafos admirables por el italiano Amicis, y pasar desde el flotante jaique del moro hasta el vivísimo traje chino con su laberinto de sedas de colores; he asistido en espíritu al desfile egipcio pintado á la pluma por el maravilloso autor de *Avatar*, desfile que aturde y marea los ojos con su profusión magestuosa entre la cual pasan ruedas de oro, figuras con trajes espléndidos, gentes y gentes en una interminable procesion; he asistido á apoteosis magníficas; á cuadros sublimes; á espectáculos soberbios; pero en ninguno ví el entusiasmo vertido á torrentes como en el Homenaje nacional á Zorrilla, ni vibraron con tanta fuerza mi corazón y mi cerebro.

Todavía, como el rumor entreoído de una ciudad en su momento de estruendo, tiembala en mi oído el rumor ardiente de las aclamaciones, las salvas de aplausos largas y vibrantes como un desgajarse de gloria, los coros de vivas de la muchedumbre frenética desfilando en brillantísimo torrente ante el poeta, y los miles de alabanzas echadas en montón á los vientos.

Figuraos un paseo de magnífica anchura cubierto por una arrogante bóveda de árboles que forman techumbre rumorosa á

sesenta varas del suelo, por cuyo encage de hojas se filtra igual que por una ventana gótica la claridad de un día lluvioso; imaginaos cerca de la altura de esa bóveda un techo de colgantes curvas de flores donde brillan todas las que producen los cármén granadinos, desde la magnolia que parece por su aire una reina hasta la rosa de hojas bañadas en tintas de crepúsculo pasando por la escala de los claveles de oro pálido, la de los blancos con corona, la de los rociados con polvareda de colores y la de los que revientan de orgullo al mirar su hermosura soberbia; figuraos á ambos lados y á todo lo largo del paseo dos elegantes graderías de follaje y flores como si fueran teatro dispuesto para celebrarse en él la fiesta del estío, entre cuyas hojas asoma la esbelta y delicada fusia, la campanilla doble con poético *badajo* de pistilos, la rosa bomba con su perpétuo desviamiento de hojas, la de thè, lánguida y bella como mujeres pálidas y tristes; poned en el centro del paseo á cuyos lados van quedando las gradas de flores, un pabellón presidencial adornado de asientos riquísimos, objetos de arte, telas espléndidas donde tiembla con ondular solemne el pesado fleco de oro; suspensión de ambos lados del paseo dos hileras de simuladas lámparas de forma preciosa que se mecen al choque del aire; derramad en el aire un diluvio de esencias; derred la vista por el marco de esta pintura que forman la pendiente de jardines que bajan de la Alhambra, en cuyas fuentes recitan los surtidores una árabe canción de espumas y perlas, y la sierra altísima como colosal barrera en el fondo, y tendréis un solo bosquejo del cuadro que trato de pintar.

Pues poned en esas gradas de flores las incomparables mujeres granadinas, colocad en su cabeza flores, dejad caer desde el peinado á sus hombros la mantilla, poned diamantes en la hoja de rosa de sus orejas, deslumbrador zapato de raso en su pié, risas como rosas abiertas en su boca, renglones de granizos en sus dientes, tinta de flor de granado en sus labios, horizontes espléndidos en sus ojos, cascadas de oro ó de ébano en sus cabellos, tonos con suavidades de crepúsculo en su tez y el dibujo adquirirá matices y colores, se inflamarán trazos, contornos y relieves, y el lienzo palpitará con el ritmo de la exuberante vida y la belleza.

Por todas partes se desgaja hácia el paseo un estruendoso río de gloria.

Encima de los árboles que ponen dosel á las tribunas, resuena el caer de la lluvia que lava las hojas y las ramas; pero el cuadro no pierde una de sus figuras, el entusiasmo es mayor cada momento, y la alegría dijérase que inunda de claridad lo que debiera estar lleno de relampagueos de sol y chispas luminosas.

A través de las rayas del agua que tienden sus cables en el aire, se ve el negro círculo de las abiertas bocas que van cantando la gloria del poeta en vivas frenéticos y ardientes.

¿Cómo fijar en el papel ese himno suelto cuyas rotas estrofas palpitan en cada boca y las repite cada cerebro?

Entre la confusión del desfile, entre el remolino de cabezas y brazos puestos en alto que agitaban pañuelos y sombreros, llegó una niña como de diez años al pié de la escalinata desfilando con la demás gente. Todos daban vivas en torno de ella, de todas las bocas salía una alabanza ó una aclamación: la niña, ante la figura del poeta y poseída de la sublimidad del espectáculo, hincó una rodilla en tierra, se santiguó como en presencia de una imágen, y siguió emocionada su camino.

Visto el desfile desde la altura de la presidencia, la gente parecía un brillante desfile de banderas. Sus pliegues se abrían para enseñar los rostros de oro, escudos de sedas de colores finamente bordados, vivas y leyendas donde se expresaba el entusiasmo de un pueblo delirante.

Un obrero adelantó á la escalinata: era un humilde panadero: al entregar la corona al ilustre cantor de *La siesta* dijo esta sola palabra, pero trayendo el corazón á los labios: ¡Salud!

La hermosa cuanto sencilla frase arrancó una ovación á todo el auditorio.

La manifestación se iba haciendo cada vez más imponente.

Séres humildes llegados de pueblos lejanos que acaso allá en sus hogares leyeron durante las noches de invierno los encantadores romances de caballeros enamorados, de mujeres hermosas, y desafíos y galanteos que Zorrilla escribió tomando sus asuntos de las tradiciones españolas, llegaban envueltos en el flotar de gentes, banderas y estandartes, deteníanse un momento ante la figura del viejo poeta, y daban un ¡viva Zorrilla! en que gritaba todo su cuerpo, toda su alma, su ser todo, y acudían lágrimas á sus ojos.

Coronas con lazos bordados de diversas maneras iban llenando el estrado y subían á una altura prodigiosa. Una de piedra de Macael labrada por habilísimo cincelador, atraía la atención de todos los ojos. El bello y resistente marmol se había convertido en blanco y delicado círculo de rosas: solo faltaba el perfume á la piedra.

En medio de la confusión, cuando de doce mil bocas salían otros tantos gritos aclamando al poeta de las kásidas y serenatas, apareció ante este un maravilloso coro de niñas. Eran del pueblo, tendrían fuerza apenas para poder tirar una rosa, y serían en número de doce. Unas con las manos rebosando flores, otras sujetándolas en la falda, comenzaron un *apedreo* sobre la figura del vate. Esta hacía llegar el proyectil hasta el segundo peldaño de la escalinata, aquella disparaba con más fuerza y alcanzaba el peldaño tercero; la más pequeña alzó la mano armada de una brillantísima rosa, puso el ojo en el blanco, y la flor salió disparada hácia atrás, como acontece con frecuencia á los niños.

Una banda de música avanzó después tocando una marcha brillante; los músicos leían con los instrumentos en las hojas abiertas la extraña figura de las notas metidas en el misterioso pentagrama; por la boca de los trombones tendidos hácia el ocaso entraba el varillaje de rayos de sol, que en aquel instante iluminó los árboles del paseo, quebróse en el ramaje sobre un suspenso diluvio de gotas que trocaron la fronda en brillante arboleda de rocío, hicieron chispear bordadas banderas y estandartes; cayeron en el traje de terciopelo de los heraldos; en la blanca y suave pluma de los pajes; en el cojía de raso de las coronas, y brillaron tendidos en el aire como bandas de oro luminosas. El sol quiso también tomar parte en la dorada fiesta de la gloria.

Cuando después de tres largas horas de gritos, de vivas, de aclamaciones ardientes y de estruendo de triunfo, el desfile pasó con toda su profusión brillante, el cuadro descompuso sus figuras, rompióse la quietud de las actitudes, abandonó cada dama su puesto, deshiciéronse los grupos de personas, y desapareció la belleza del conjunto.

Yá solo quedan perdidos en el aire como ecos de una multitud lejana los vivas que siguen sonando detrás de la carroza del poeta; sobre la nieve de la sierra simula el último reflejo del sol nimbos dorados, celajes espléndidos donde arden las encendidas ráfagas de crepúsculo; en las fuentes que principian á borrarse en la sombra cae el surtidor con eco doliente derramando su collar en la misma taza y cantando la misma estrofa; el escenario donde se agitó tanta figura mece sus lámparas de flores que van y vienen en el aire; el viento habla con lengua fantástica en las ramas; suena el grillo su lira, y solitario poeta de las tinieblas, hiere sus cuerdas en la sombra...

La Coronación.

A la manifestación desbordada, delirante, de un pueblo que siente como ninguno otro el arte por que la naturaleza tiene perpetuamente abierto el más hermoso cuadro ante sus ojos, siguió el acto severo de la Coronación.

Durante el homenaje, esos simpáticos grupos de obreros que saben, sinó por la enseñanza, por el instinto, cuán divina cosa es un poeta cuando lleva algo de Dios en la mente, y que tienen el corazón en los labios, en las manos el aplauso para las cosas grandes y sublimes, y en el alma el amor vivo de la patria, ondearon sus banderas y pusieron en alto sus estandartes, cantando con sus vivas el himno ardiente de la gloria.

Durante la Coronación hemos visto desplegar ante los ojos el exquisito cuadro de la elegancia, de la severidad noble y clásica, de la solemnidad académica y de las correctas figuras. El inmenso patio del palacio de Carlos V representaba un hecho extraordinario, algo en que había el sello augusto y magestuoso de la Historia.

Inmensos tapices rojos caían como relampagueantes trozos de incendio desde las altas columnas hasta las que soportan la inmensa galería. El edificio, con tanto cilindro como cuerda de piedra, parecía un instrumento colosal dispuesto á lanzar en acorde gigante un himno de grandeza y de gloria.

La vista caía en tapiz en tapiz, rodaba de columna en columna siguiendo la curva del muro, y chocaba en los escudos, que el sol abrillantaba sobre el terciopelo y hacía arder en reflejos de oro.

El estrado se abría en semicírculo al fondo, y enseñaba sus siales de altísimo respaldado, sus penachos de palmeras abiertos en grandes abanicos, su dosel con colgantes puntas doradas donde el bordado tomaba carácter de arabesco, y su fondo de

terciopelo azul que daba elegante entonación a la pintura.

Sobre el rico sillón del trono que enroscaba sus elegantes brazos dorados sobre la seda rosa del asiento; en los paños abiertos a los lados donde la aguja dejó delicadas labores y figuras; entre la lujosa sillería que en prolongadas hileras coronaba la escalinata, una lluvia dorada, un montón de riqueza, un chaparrón de oro se derramaba en flecos, en encajes, en labores que hervían con el centelleo del sol é imitaban vivas reverberaciones de incendio.

Bajo el techo en forma de círculo del patio, una colección de escudos hechos con siemprevivas de colores mostraban nombres de héroes moriscos, de reyes que habitaron la Alhambra, de caudillos y guerreros cuyo espíritu parecía asistir a la fiesta flotando en los dorados átomos del sol.

Subió por fin al estrado el poeta á quien acompañó el popular Seco de Lucena, el el periodista insigne festejado con espléndido banquete por la prensa española, llenaron los asientos de literatos y poetas entre los que figuraba el representante de la Reina Duque Rivas, de socios del Liceo que llevaban en alto su bandera, y de nobles y elevadas personas.

El digno Conde de las Infantas, de cuyo gran prestigio como caballero dependió parte del triunfo, puso en manos del hijo ilustre del autor de *Don Alvaro* la corona ofrecida al poeta por Granada, acompañándola de palabras tan sentidas como elocuentes.

Pronunció un bello discurso el Duque de Rivas, demostrando cuánto le agradaban estas fiestas de la gloria, y puso en nombre de la Reina la corona en las augustas sienes del poeta.

Zorrilla, emocionado, leyó su composición *La Salmódia* que vibró en sus labios como un torrente sonoro, como un caer de granizos rebotando en un instrumento de cristal.

Un aplauso atronador acompañado de vivas á España, de vivas al poeta nacional, de alabanzas y aplausos, estuvo sonando durante muchos minutos dentro del palacio.

El elegante orador-poeta, el que habla con palabras de luz, Antonio Lopez Muñoz, pronunció una brillante oración trazando la semblanza del poeta. Los párrafos ardientes de su oratoria, ámplios como túnica griega y esculturales como escritos á cincel, salían de su boca levantando estruendosos aplausos y arrancando vivas y aclamaciones.

La marcha de la coronación de Schiller dejó oír sus acordes en aquella atmósfera de entusiasmo, y acabado el acto de la coronación, empezó á descomponer sus figuras el cuadro.

Las señoras hicieron repetidas inclinaciones de cuerpo buscando sus abrigos; alargaron los caballeros su estatura con el alto sombrero de copa lleno de largos reflejos; removieron asientos y personas, y comenzó el brillante desfile por las distintas puertas del palacio.

Fuera, un laberinto de coches con su profusión de portezuelas y correajes, invadía la plaza del Pablar aguardando las personas que habían de ocuparlos.

Una luz de crepúsculos envolvió poco á poco las revueltas figuras; y en la carroza del poeta ya consagrado, el célebre Jurado de Parra, acompañante y amigo cariñoso de Zorrilla, conducía sobre un cojín de raso la corona de oro arrancada al río que rodea como un cinturón de plata la Alhambra, como si llevara sobre sus rodillas el más alto y sublime trofeo de gloria.

La Leila.

Todo lo delicado que ha herido nuestros ojos; lo suave que ha tocado nuestro tacto; las voces que hemos oído en sueños como si fueran desprendidas de esa interna sinfonía del espíritu; cuanto tenue y sutil ha hecho temblar nuestros nervios y ha dejado una vaga impresión en nuestros sentidos, está falta de toda belleza si se compara con la emoción que despierta la música en la Alhambra y con el recuerdo de una espléndida *Leila* en sus jardines.

Todo es misterioso en esa noche fantástica. Forman el escenario de las fiestas surtidores que dan en las tazas de quejumbrosas fuentes; arcos de ramas bajo los cuales parecen cruzar los seres impalpables de las tinieblas; estatuas que blanquean como fantasmas en la penumbra; cabelleras de rosales que cuelgan de los muros, en el hoyo de cuyas rosas parece sonreír el niño del amor al decir del delicado poeta; árboles cargados de flores que son algo como las ideas del ramaje; albercas que enseñan en su fondo radiantes bandadas de estrellas como mariposas que buscan una primavera ignorada; caprichos de arquitectura donde la fantasía del artista dejó inusitados rasgos de belleza; y lo misterioso, lo vago; lo que

no está sujeto como el signo al pentágono, ó como á la ecuación el número y la cifra.

En ese lugar de alegría dijérase que flota el espíritu de las geórgicas de Virgilio, el alma de un paisaje de Moscú, ó la emanación lasciva y poética del clásico idilio griego que se levanta de las estrofas de Bion.

La fantasía pagana, la imaginación oriental que encerró una incorpórea ondina en cada fuente, poniendo una misteriosa lira en sus manos para que exhalara su canción; que escondió al sátiro en la fronda para que acechase el paso de la ninfa del bosque cuando vá con los redondos pechos descubiertos á bañarse en la alberca de temblorosas aguas de plata; que hizo un dios de cada peñasco; un altar de cada gruta; un objeto de adoración de cada árbol; y que aún vive en nosotros engendrada por la hirviente sangre mora y amasada con notas de guitarra, se entretiene durante esa misteriosa noche en resucitar árabes memorias, en oír en el aire abaniqueros de invisibles alas de amor, en percibir el habla confusa del cáuce que recita una vaga leyenda á las hojas, y en mecerse en el ambiente donde se vierte el cáliz lleno de esencia de las rosas.

Como Lohengrin sobre el cisne blanquísimo, sobre el lago resbalan recortadas en barca que semeja otro blanco cisne, mujeres de una hermosura inverosímil, bellezas granadinas de ojos deslumbradores, senos como elegantes búcaros donde se guarda esencia purísima, manos en las que tiende su trama azul el suave dibujo de las venas, garganta llena de curvas poéticas que se pierden en una sucesión divina bajo el velo que marca las redondas partes del seno, nunca llena de cortos cabellos que juegan en ricitos de oro, y cara que es una Alhambra humana con jardines, fuentes y esplendores.

Como en las antiguas *leilas celebradas* en las plácidas estancias del Generalife, instrumentos de origen árabe dan alegría á la fiesta exhalando sus notas desde escondidos sitios del ramaje. A su compás, la danza enreda y teje sus figuras; despliega el cuerpo humano el lujo de sus curvas, trazos y contornos; hacen cadena los galantes brazos á las cinturas; mézclanse en remolinos vistosos las parejas que van sujetas á ritmo como los enlazados hermisticos de la estrofa; vierten los rostros á semejanza de un desbordamiento de manantial la alegría; arden y tiemblan las pupilas abrasadas de fuego y de amor, y todo flota en una reverberación fantástica que brota de los milares de luces de la fiesta.

Para alumbrarla, pende de cada tallo un ramo de bombas brillantes que tiemblan al ser copiadas en las fuentes.

Colgados los luminosos globos de la parral, fingen palio de fuego que derrama un aparente incendio en las hojas; pendientes del lánguido ramaje del sauce, gotear de puntos vistosos como si el arbusto llorase por sus ramas; sobre el pino robusto piñas radiantes con vivas escamas de colores; y acordonados en torno del lago, collar de fuego que rodea la adormecida luna de las aguas.

El hermoso jardín donde resuena con sus ecos misteriosos la *leila*, semeja una extraña vegetación de color. Los plátanos que tienen el motivo del arco árabe en sus hojas, muestran deslumbradora tinta celeste; los limoneros enseñan el fragante ramaje vestido de resplandores de púrpura; las parras se bañan de luz dorada y parecen nube de ásperas mariposas de oro; una palmera semeja una explosión de arcos lucientes.

La gente bulle sin descanso, con la imaginación llena de sueños y el alma de internas armonías.

Son estas las noches de la juventud, las noches doradas que el corazón recuerda, cuando en el correr de la vida vuelve los ojos para ver lo andado del camino. Entonces quiere recomponer lo que el tiempo fué borrando en el cerebro desea volver á la figura confusa sus contornos, á la palabra entonces oída su acento, á la risa que marchitaron los años su rocío.

Como esos arreboles de crepúsculos que hemos soñado, con los cuales se alumbró el espíritu en sus horas de vaguedad y tris-teza, el resplandor de esta noche vibrará perpetuamente en nuestra alma, abriendo sus ramajes de luces con deslumbramientos de aurora y bañando de dulces claridades el alma.

Ya van cerrando sus pupilas de colores las luces que penden como diluvio de los árboles; la árabe bandurria que exhaló sus sargas de notas, atenúa la brillantez de sus cuerdas como se atenúa el brillo de unos ojos rendidos de sueño; las parejas de baile se dan el último abrazo de amor llevando el compás alegre de la danza; todo se agita

en su brillar último como la luz antes de extinguirse; los carruajes se llenan de indecisas manchas de sombra; rómpese el collar de luces del lago donde parpadean los últimos reflejos; del Generalife llegan aires cargados de perfumes de madreleivas esas flores del amor, del búcaro y la reja; desvanécese las figuras del cuadro, y de la *leila* no queda ya más que un dibujo trazado en el alma con tenues arabescos de luces, y el recuerdo de la última fiesta rendida á la inmortalidad angusta de un poeta.

SALVADOR RUEDA.

Salmódia.

Mi voz era entonces armónica y suave: tenía los tonos del canto del ave, del río y las áuras el sen musical; no había en el viento, ni agudo ni grave, sonido ni acento fugaz de su clave: ni un ruido nocturno, ni un son matinal. Había algo en ella de todos los ecos que nutren del aire los concavos huecos, y nacen y espiran en él sin cesar; murmullo de arroyo que vá entre espadañas, de rífiga errante que zumba entre cañas, de espuma flotante que hierve en el mar: sentido lamento de tortola vinda, rumor soñoliento de lluvia menuda, de seca hojarasca de viejo encinar; de gota que en gruta filtrada gotea, de esquía del alba de gárrula aldea, de oculto rebaño que marcha en tropel, de arrullo de aman e perdida paloma, de brisa sonante cargada de aroma de abeja brillante cargada de miel.

Todo esto tenía: flexible, sonora, mi voz á su antojo pod á imitar cuanto eco que buile, que canta ó que llora, encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco que oía
mi voz la seguía:
y, mansa ó brava,
mi voz repetía
contento y leon z;
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
de: viento en el haz;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía,
y luchaba
con brava
porfia
tenaz;
mas débil
cedía
y flébil
gemía,
y huía;
y allá en lejanía
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía,
y en la áura vacía
moría
fugaz.

Mi voz era entonces, conjuro de encanto, misterio imposible tal vez de sonar, un canto en tus cuentos y un cuento en su canto; cantaba y contaba flexible á la par.

Dos corzas que siguen idéntica senda, dos garzas que llevan un viento al volar, dos flores que aroman la mi ma viviente, dos barcas que arrojan un rumbo en el mar; eso eran entonces: el canto y el cuento que al par producía mi voz con su aliento: y siempre en su cuento se oía su cuento, y siempre del canto y el cuento ó algún tanto tenían á un tiempo leyenda y cantar: y siempre de un cuento su canto era prenda, y siempre su canto paraba en leyenda,

Tal vez no se entenda: tal vez ni un ejemplo lo pue a explicar. Un ruido de remos pacífico y vago de barca que boga de noche en un lago, inspira á qu en oye, sin ver el batel, el germen de un cuento: leyenda ilusoria que forja el que escucha. ¿Quién sabe? La historia de dama que aguarda su amante doncel: y cree del que boga sentir en el viento la voz que se ahoga lejana, con lento murmullo vibrando del lago al dintel, y cree á los reflejos del agua que brilla mirar á lo lejos bogar la barquilla, la franja de sombra rasando en la orilla que en ella dibuja loscoso el vergel; y cree de la torre sentir el rastrillo, y ver á la dama salir del castillo, cruzar el desierto sendero del huerto, salvarle, y abierto dejar el cancel: llegar á la orilla, y enviar á la opuesta del breve estribillo la voz repetida por él en el mote del cántico puesta; señal convenida con que ella contest, pregunta y respuesta que, dada y pedida en ida y venida, se dan ella y él.

Y el son de los ramos, el único germen del cuento en que hacían tan lindo papel la barca que hendía las aguas que duermen, la trova, el castillo, la dama, el doncel... tal vez se me antoja que fué alguna hoja que en la agua tranquila cayó de un laurel; y en ella el que oía forjó aquella historia, quimérica, vaga, fugaz, transitoria, como esa voz llena de fé y poesía que un día cantaba y e ntaba en la mía, y que hoy aún me halaga con una memoria que deja una estela de luz y de miel.

Mi voz era entonces todo eso: conjunto de voz con palabras y música al par, tenía la historia y el cántico á punto, y al par mi voz era leyenda y cantar, Y el eco, que oía

y si me p u e u cuento paraba en cant.r.
mi voz, la seguía:
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz.
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfia
tenaz;
mas débil
cedía
y flébil
gemía,
y huía,
y allá en lejanía
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía,
y en la áura vacía
moría
fugaz.

Y un día á mi pueblo tenía yo atento, al cual le decía mi armónico acento: «Acórcate, escucha: yo tengo en mi ser la esencia del canto y el germen del cuento: con ellos, del alma las penas ahuyento: mi voz es la fuente que mana el placer. Yo soy todo flores, luz, fé, poesía: mis versos exhalan á síndalo olor: mis cánticos tienen viviente armonía, y tienen mis versos á besos sabor. Mi vida no tiene ni noche ni día: mi vida es un cuento de un sueño de amor; en mi todo es vago: todo es en mi incierto: no tengo en mis pasos fanal conductor: el mundo á mi marcha do quier está abierto: No tengo ni sino ni horóscopo cierto: no tengo camino que juzgue mejor. Yo voy por los mares sin rumbo ni puerto: yo voy por el viento detrás del condor: yo voy por la tierra con la agua del río: de mar tierra y vientos, el ámbito es mío: de nadie soy siervo, de nadie señor. Yo soy el poeta, que va en el desierto cantando la gloria del Dios Creador, cual átomos errante del grande concierto que elevan los mundos al Sumo Hacedor: y si hablo, á mis frases responde el vacío: si gimo, me hace ecos el viento bravo: si canto, me presta la alondra su pio: si trino, gorjeos me da el ruiseñor.»

Y hace coro á la voz mía la viviente salmódia que del mundo á Dios envía la armonía universal: aquí el rumor de las hojas, allí el son del manantial; aquí el niño á quien arrulla de su nodriza el cantar: allí la ronca tormenta que revienta el huracán: acá el colibri que zumba e n derredor de un rosa: allá el muezzin que murmura una sura del Korán: allá lejana campana de cristiana catedral: allí la audaz gritería de insurrección popular; allí arrullo de palomas; allí el fragor de un volcán; allí la tr mpa de guerra, un mandolín más allá: aquí el brindis de la boda, al i un salmo funeral. todo el rumor de la tierra; más lejos... el de la mar...; más lejos... los ruidos vagos del aire en la inmensidad: un áura que en él suspira... un eco que en él espira... un átomo que en él gira... un vagido... un son fugaz que en él vaga, que vacila, que se apaga, que titila, que se queja, que se a eja, que se va: que perdido ya no da son ni ruido... ¡Se fué yá!

José ZORRILLA.

La coronación de los poetas.

La coronación de los poetas es la más alta recompensa del mérito, el supremo homenaje rendido al genio, el testimonio humano de la inmortalidad. En la antigüedad, se representaba al poeta coronado con la misma corona de los dioses; pero la cuna clásica de estas manifestaciones, cual ningunas admirables, es *il b paese dove il si suona*, el país ea que los nombres de Laura, de Leonor y de Beatriz fueron inmortalizados en los inspirados cantos de los poetas cuyos corazones habían conquistado aquellas nobles y deliciosas damas. En Italia fueron coronados algunos poetas desde el siglo XIV al XVII. Entre las entusiastas aclamaciones del pueblo romano, Petrarca, el amante de Laura, el solitario de la fuente de Vanclusa, fué coronado en el Capitolio el 8 de abril, día de Pascua del año 1341, por el conde de Anguillara, en presencia del rey de Nápoles. Subido en triunfal carroza teniendo una lira de oro en las manos, acompañado de prelados y senadores, precedido de doce pajes que recitaban sus versos armoniosos, y rodeado de músicos, hubiérasele creído un nuevo dios. Después de recibir tres coronas, una de yedra como poeta, otra de laurel como triunfador y la tercera de nardo como cantor del amor, el ilustre vate depositólas en la basílica de San Pedro á los

piés del Eterno, á cuya gloria deben someterse todas las glorias de la tierra. El 25 de abril de 1595, el amante de Leonor, el apasionado Torcuato Tasso, debía recibir la corona en el Capitolio, por orden del pontífice Clemente VIII, que había encargado á los dos cardenales Aldobrandini proceder á la apoteosis del famoso autor de la *Jerusalén libertada*, el cual fueleido por desgracia el mismo día en que debía verificarse la coronación, dejando á Roma como avergonzada de haberse acordado de él tan tarde.

En Alemania, Maximiliano I, el emperador caballero, coronó en 1517 al joven Ulric de Huffen en Augsborg. En nuestros días, los funerales con que Francia honró la memoria de Víctor Hugo, equivalieron á una coronación. Inglaterra tiene sus poetas laureados, título que recibió en 1550 Alfredo Tennyson, y que Roberto Waldmüller ha hecho apreciar en Alemania mediante su bella traducción de *Enoch Arden*.

Será difícil creerlo: España, donde Dios ha hecho brillar la aureola del genio en la frente de tantos trovadores; España, donde aún continúan celebrándose los poéticos jueces florales, no se coronó ningún poeta antes de la mitad de este siglo.

En efecto. La primera coronación de un poeta español no tuvo lugar sino después de la revolución de 1854, y fué á la par un triunfo de la poesía y del periodismo puesto que la idea de coronar al autor de tantas grandiosas odas pindáricas, Manuel José Quintana, emanó del director del periódico *La Iberia*, Pedro Calvo Asensio. El proyecto de aquel noble periodista fué aclamado por los diarios de Madrid *La Nación*, *El Tribuna*, *El Esparterista*, *La Unión Liberal*, *Los Necrológicos*, por el Duque de la Victoria, por las poetisas Gertrudis Gomez de Avellaneda y Carolina Coronado. La joven rí a Isavel tuvo el singular placer de coronar á su viejo maestro en el pa acio del Senado. Antes de la coronación, para demostrar todo el interés que sentía por su antiguo preceptor, la soberana envió, escritos de su mano, por conducto del poeta Hartzembusch, los versos de Quintana que debían leerse durante la ceremonia.

La segunda coronación de un poeta se verificó en España el 22 de junio de 1889. Ese es igualmente el triunfo de un periodista, D. Luis Saco de Lucena, y también el de un noble Conde de las Infantas, presidente del Liceo de Granada, el conde de Boabdil, el de las hazañas, es uno de los héroes más celebrados por el Romancero, y en fin del fogoso ora org anadino D. Antonio Lopez Muñoz. El Ovidio castellano, José Zorrilla, el dulce y armonioso poeta que no ambicionaba más que una sonrisa de su patria, ha recibido gloriosamente la corona en el país de Alhambra. El Magnífico después de haber hecho las delicias de tres generaciones. La patria de Hurtado de Mendoza de Fray Luis y de Martínez de la Rosa, la bella Granada, tierra bendita de la Alhambra y de Generalife, que corona las nieves eternas de Sierra Nevada, se muestra digna de su bril ante historia literaria, realizando la coronación de un poeta que, como Zorrilla, ha respirado los perfumes embriagadores de la ciudad de Boabdil, ha traducido en estrofas tan raras como variadas sus poemas de piedra, ha hecho revivir los personajes de sus leyendas al ruego del sol de Andalucía. La palma que ni Hartzembusch, ni García Gutiérrez, ni Lopez de Ayala, ni Breton de los Herreros han obtenido, Zorrilla la recibe en la ciudad cuyo Gobernador, Eugenio Sellés, es también un poeta.

El noble y generoso pensamiento del Liceo de Granada ha encontrado eco entre todos los poetas españoles: en la condesa Emilia Pardo Bazan, que dentro de poco será quizá la primera dama electa en la Real Academia Española; en la señora Patrocinio de Biedma, miembro distinguido de la Academia de Cádiz; en Gaspar Núñez de Arce, Ramon de Campoamor, Juan Valera, Manuel del Palacio y José de Castro y Serrano.

La ciudad natal de Zorrilla, Valladolid, donde nació Felipe II, bautizado con el nombre de Granada por los españoles, donde residió el prodigio que se llamó Cervantes, donde murió el descubridor del Nuevo Mundo, donde vieron la luz del día los poetas D. Santob de Carrion, Marqués de Santillana, Jorge Manrique, Villergas, Nuñez de Arce, Cano y Ferrari, Valladolid se enorgullecerá eternamente con la coronación de su ilustre hijo en el palacio de hadas, en aquellos jardines de mirtos y naranjos, en que la reina Isabel la Católica entregaba las joyas de su corona á Cristóbal Colon, para ayudarle á arrancar al mar o ra hermosísima corona.

Honor, pues, al Liceo de Granada, que ha contado entre sus miembros personajes como Gertrudis Gomez de Avellaneda, de l. que ha podido decirse: «No es una poeta, es un poeta»; como el actor y escritor Remesal, Alarcon (el ilustre autor de *El Escándalo*), Manue. del Palacio, Valera, Moreno Nieto aquel elocuente presidente del Ateneo de Madrid que murió en la mayor pobreza, Fernandez y Gonzalez, el más fecundo de los novelistas, cuyos régios funerales honraron tanto al Ateneo como al mismo difunto; honor pues al Liceo de Granada, que tuvo la feliz idea de coronar á Zorrilla en la Alhambra!

JUAN EASTENRATH.

(De *La Revue nouvelle d'Alsace-Lorraine et du Rhin*, Strasbourg.)

La prensa española en la Coronación.

No podía faltar el noble concurso de la prensa en el acto sublime de la Coronación. Los que rinden culto al genio; los obreros infatigables de la civilización; los que fían el porvenir al periódico donde por instantes se reproducen, á la manera de pruebas fotográficas, los movimientos de la existencia universal, abrieron un paréntesis al combate de un día y otro, y levantaron la bandera luminosa del progreso, más alta, más resplandeciente, más pura que jamás tributaron homenaje valioso al egregio vate de la religión y de la patria.

La prensa fué vehículo maravilloso que dió cariñosa hospitalidad á la idea, que la divulgó regocijada; que recogió solícita las palpitaciones de la opinion y con ella identificada y dando fiel interpretación al sentimiento nacional, movido ante la espectacular de un acto grandioso, por todos anhelado, prestóse su concurso, abrió las hojas de sus periódicos á las manifestaciones

entusiastas y dejó correr, como torrente desbordado, columnas de letras rígidas, resplandecientes entonces, cual si la aureola del inmortal poeta se hubiera posado sobre el negro plomo, para imprimirle prestigioso valor y fulgores de risueña alborada. Eran aquellos signos, los signos gráficos del patriotismo, el emblema de la cultura, la expresion de que España se nutre de sus glorias y conserva íntegra la ejecutoria de ayer, y anuda sus laureles del tiempo viejo con los del presente, ricos en prístina frescura.

Tuvieron representación en el Homenaje, representados dignamente por corresponsales ó redactores venidos con tal propósito á Granada, á más de *The Daily Chronicle*, de Londres, el *Kölnische Zeitung*, de Colonia y *La Gaceta de Frankfurt*, *La Época*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Resumen*, *El Globo*, *La Justicia*, *El Estandarte*, *El Correo*, *La Regencia*, *El Constitucional*, *La Izquierda Democrática*, *La Monarquía*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Revista de España*, *El Ateneo*, *La España Artística*, *La Gaceta del Notariado*, *La Agencia Mencheta*, *El Noticiero Universal*, de Barcelona, *La Gaceta hispano americana*, de la misma capital, *Las Provincias*, de Valencia, *La Correspondencia de Valencia*, *La Andalucía*, *El Español*, *La Andalucía Moderna* y *El Eco de Andalucía*, y *El Orden*, todos de Sevilla, *El Diario de Zaragoza*, *La Unión Mercantil*, de Málaga, *La Crónica Meridional* de Almería, *El Sur de España*, de la propia capital, *La Libertad* y *El Adulto*, de Córdoba, *La Paz de Murcia*, *El Labriego* y *La Amistad*, de Ciudad Real, *El Linares*, *El Heraldo Industrial* y *El Furo de Situl*, de Linares, *El Tajo de Ronda*, *La Alpujarra*, de Albuñol y *El Clarín* de Lanjarón.

Nuestra memoria conserva profunda gratitud para todos nuestros compañeros en la cotidiana labor del periodismo. La representación caballerisca y brillante que vino á Granada exige, como deber de conciencia, la cita de nombres queridos; pero si por virtud del acto que realizaron con su presencia merecen reconocimiento, las rebeldías del egoísmo sublevábase con alarde de rayano al delirio de lo inverosímil, en las memoranzas de la coronación.

Zorrilla no es un timbre exclusivo de España...

Pertenece á todo el mundo.

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

En la Coronación de Zorrilla.

(22 DE JUNIO DE 1889).

I.
Ninfas del Dauro y del Genil divinas,
Que os escondéis bajo las frescas aguas
En las mañanas del ardiente junio
Al abrirse el capullo de las rosas;
Traed guirnalda de menudo mirto,
Y abandonando los palacios de oro
Y grutas de cristal, vuestra morada,
Venid á coronar la noble frente
Del anciano poeta.

II.
Es el que supo adivinar los modos
De la vida en el cáuce de los rios,
Y cuenta á los mortales asombrados
Los ocultos misterios de natura.
Es el que de las plantas y las flores
Sabe el secreto y escuchó el suspiro,
Pues las flores, las aguas y las piedras
Le revelaron en amor sublime
Su místico lenguaje.

III.
Verdes orillas de graciosas curvas,
Que las flores silvestres hermocean
Y las zarzas y pitas punzadoras
Con los sombríos álamos defendien;
Saltad de gozo en el tendido valla,
Y abriendo paso en las angostas sendas,
Las hojas de los altos avellanos,
Al pasar por sus góticas arcañas,
Le besarán el rostro.

IV.
Es el que supo describir amante
Dulces historias y sentidos hechos
Que en el misterio de tupidas frondas
La diosa del amor le revelaba.
Es el que sorprendió bajo los sauces,
En las horas solomnes de la luna,
Del pardo ruiseñor enamorado
Las cuitas y los lances lastimeros
En sonoras endechas.

V.
Mágicas torres que os erguis altivas
Sobre los muros de la bella Alhambra,
Torres innumerables que cual dedos
Señaláis de los cielos la belleza,
Torres que de Granada sois la gloria
Pues la llaman ciudad de las mil torres,
Estremeceos de placer inmenso
Al recibir la postrimer visita
Del cantor de Granada.

VI.
Es el que supo atalayar de lejos
Las avanzadas de la gente mora
Los trajes y las armas, los caballos,
Revueltos en el polvo de los siglos.
Es el que ha escuchado los resortes
Del buen cantar en las hispanas letras,
El que ha asucitado tantos héroes
En inmortales páginas que anima
El númen soberano.
José TARONJÍ, Pbro.

La mejor corona.

Durante la estancia de Zorrilla en Granada el año 89, recibió el ilustre vate como

muestra de entusiasmo un inmenso número de coronas, desde la magnífica labrada con oro del Darro que fué ceñida á sus sienes, hasta el humilde óvalo formado de olorosas flores engarzadas en verde laurel; pero la mejor ofrenda, la joya más rica, la aureola más gloriosa que circunda la cabeza del último trovador español, es una corona cuyo artifice fué la gratitud, esmaltada con las perlas más ricas, que son las lágrimas del reconocimiento y rodeada con hermoso nimbo de plegarias y bendiciones.

Por aquel tiempo, en los últimos días de la primavera, cuando el campo tiene más aromas, y más diafanidad el ambiente, y más luz el cielo, y más alegría la naturaleza toda, á pocas leguas de Granada, junto á la costa mediterránea, en la hermosa vega de Motril, se preparaba el espectáculo repugnante del patíbulo, donde un hombre había de sufrir muerte en expiación de tremendo delito. A Zorrilla llegaron, juntamente con el estruendoso clamor del entusiasmo, las súplicas de un pueblo generoso que pedía compasion para aquel infeliz, y al poeta rey, á quien nada entonces podía negarse, alcanzo de la piedad de la Regente el indulto para el reo.

En la memoria de cuantos la presenciaron vivirá siempre con la energia de la realidad, la conmovedora escena ocurrida en el palacio de Calderon entre el sublime bardo y la familia de Carrascosa. Una mujer falta ya de toda esperanza, consumida en la desesperacion de ir contando segundo á segundo las horas que le faltan para ver morir de muerte ignominiosa al padre de sus hijos, que no encuentra consuelo en lo humano é invoca inútilmente compasion para su marido, es despertada como de horrible pesadilla por el influjo poderoso de un genio, y vuelta á la esperanza y á la vida. Aquella mujer, llevando en los brazos á sus pequeños hijos entró llorando y bendiciendo al poeta en el alojamiento de la Alhambra, y se arrojó á sus pies sin poder explicar sus sentimientos ni manifestar su gratitud; el anciano enternecido, lloró también, y lágrimas subieron á los ojos de cuantos veían el interesante grupo formado por aquella muger desvalida abrazando las rodillas del poeta como planta debil que se apoya en el tronco de viejo cedro.

Nunca olvidará la familia del sentenciado á muerte la Coronación del poeta, á la que debieron verse libres de la afrentosa mancha del patíbulo. Aquellas fiestas en que se desbordó el entusiasmo del noble pueblo de Granada, y con las que satisfizo la Nación una deuda contraída con el cantor de sus glorias, ostentan, como preciado timbre, el indulto de Carrascosa, que á no mediar tales circunstancias, probablemente no se hubiera concedido.

Esta fué la mejor corona que recibió Zorrilla en su brillante apoteosis.

F. S. DE L.

La Alhambra.

Entrando en la Alhambra, se concibe perfectamente que Boabdil, al trasponer la cumbre del cerro que iba á ocultar á sus ojos para siempre las torres del alcázar granadino, derramase lágrimas de dolor; y se concibe también que Aixa dejase caer en su oído aquellas frases crueles: «Lloro como mujer la pérdida de lo que no has sabido defender como hombre.»

Una y otra expresion, el llanto del rey moro y la dura reconvenccion de la reina, no eran sino aspectos diferentes de un mismo pesar; en el hombre, significado por las lágrimas; en la mujer, por la fiera; prueba inequívoca de que el dolor era profundo y la desesperacion infinita. Cuando el hombre llora, es que llega al estremo de su resistencia para sufrir. Cuando una mujer, en vez de llorar, se irrita y enfurece, es que la pena ha rebasado en ella los límites de la resignacion.

Para admirar la Alhambra en todo el esplendor de su hermosura, hay que verla. El que por vez primera la contempla, reconoce que no tenía de ella ni una idea aproximada.

Desde que se pasa la histórica puerta de las Granadas, se halla el espíritu en presencia de un espectáculo nunca visto, ni sospechado, y los ojos miran hacia arriba, buscando á través de aquellas hojosas ramas, que se entrecruzan formando finisimos encajes, al soberano autor del prodigio. Tres calles de árboles espesos y altisimos, que juntan apretadamente sus copas, cubiertas de ramos de ruiseñores, para que la luz no sorrenda los misterios de amor de la madre Naturaleza, y para que no se pierda ni un átomo de aquel ambiente lleno de aromas, se ofrece á los ausros ojos. Las tres forman pendiente, para que los arroyos facilmente corran, para que nadie pueda pasar por ellas rápidamente y deje alguna belleza inadvertida, y para significar al que sube, que solo subiendo despacio y con fatiga, solo con marcha pesada y difícil, imágen fiel de la vida humana, se llega á la posesion del anhelado objeto.

Dar idea del camino, sea cualquiera de los tres el que se elija? Ya hemos dicho que es empeño inútil. Alamedas que parecen naves de cateirales góticas; pájaros que cantan variadas y siempre dulces endechas; arroyuelos que murmuran tesando el tallo de las flores inclinadas sobre el limpio cristal de las aguas; cascadas que, envidiosas de esos amores, salpican los tallos con las espumas de su ira; fuentes que saltan descomponiendo en los cambiantes del iris algun rayo de luz que consigne furtivamente tamizarse por entre las hojas; tibio y aromado ambiente; algo en redor que separe el ánimo de las cosas terrenas y que lleva á los ojos las lágrimas de la emocion.

Arriba hay otro milagro del arte. Labores que se quiebran de puro sutiles, en las que no se explica como han intervenido dedos humanos, y que parecen la misma obra de la fantasía extenuada por algo sin cuerpo, al modo de la imágen que la luz reproduce en el cristal azogado; columnas delgadas y esbeltas, que nadie tomaria por bases de sustentacion; techumbres, cuyas cúpulas dan idea de las grutas estalactíticas; muros adornados con leyendas, como adornos modelo de primores, y como leyendas regocijo de la poesia; y fuentes, y estanques, y mármoles, y patios y egimeces, y encajes, y filigranas, y bellezas que el tiempo no ha podido destruir, porque yace enervada su fuerza destructora, ante el dulce arrobamiento con que hace siglos se detuvo para contemplarlas.

Y si ya dentro de esa maravilla se presenta á los ojos algun agimez ó balcon saliente por donde el espíritu busque comunicacion con el cielo, la Naturaleza le brinda nuevas hermosuras, afanosa por desplegar en torno de aquel encantado recinto sus magnificencias: cá menes que dignamente lo circundan como brillante guardia de honor; peñas escarpadas; hondas laderas en cuyo fondo resuenan las aguas de accidentadas vertientes con con perpetuo arrullo; bosques que embalsaman el aire con hálitos de flores siempre abiertas; árboles que enlazan fraternalmente sus ramas á las piedras altas del muro, y cuya planta arraiga en profundidades que no alcanza la vista; montañas de nieve en el horizonte, pa a reverberar la luz del sol y mandarlas en besos de amor á las filigranas del palacio donde flota el númen del artista; y en fin, un pabellon azul de pureza inmaculada, que parece ondular blandamente al suave impulso de la brisa, llena de pácidos rumeres y cargada de embriagadores perfumes.

¿No habia de llorar el rey moro, al dejar la Alhambra? ¿No habia de recriminarle la reina por haber perdido aquel eden, realizacion de los sueños del profeta? ¡La Alhambra! ¡La indescriptible! ¡La única! HORRENSIO.

La residencia del poeta.

Una de las cosas más dignas de admiracion, de entre las muchas admirables que ofreció la ciudad del Dauro durante los días consagrados á las fiestas de la coronación de Zorrilla fué la residencia de éste, propia en verdad de un poeta y de un rey; de un poeta, porque no se concibe nada más ideal; de un rey, porque la riqueza y el lujo difícilmente pueden reunir tantas maravillas.

Se trata de la famosa quinta de Calderon que éste gallardamente cedió para tal objeto al Liceo granadino. Con decir que se halla enclavada en el recinto de la Alhambra, y que, sin desmerecer un punto de las hermosuras de aquellos encantados sitios, encierra mucho nuevo que celebrar, muchas delicadezas originales que saborear y muchas perspectivas no soñadas en que recrear los sentidos y espaciar el ánimo, está dicho todo.

Figúrese el que leyere estos rengones, una altares de la cual se dominan la ciudad cuya pérdida lloró la raza mora por los ojos del último rey de Granada, y la fértil y amplia vega, cuajada de casas blancas, como palomas posadas sobre esmeraldas sin fin, cruzadas y recorridas por las cintas de plata de los arroyos, y á lo lejos un cinturón de montañas, en cuyas cimas reverberan con irisados matices los rayos del sol de Andalucía, que es el más claro y el más alegre del mundo, y formarán idea de la explanada que abria paso á la mansion del poeta.

Parece que al atravesar la fuerte y ancha verja que dá entrada á la hacienda de Calderon, van á perderse aquellas hermosuras, y se entra con la pesadumbre de dejar de gozarlas, no sospechando siquiera que dentro aguardan mayores atractivos y más peregrinas encantos: algo así como la condensacion de todo lo bello que hasta llegar allí ha podido contemplarse.

La arbolada es lo primero que llama la atencion, por lo exuberante de su vida y lo diverso de sus especies. Hay allí árboles de todos los climas y de todas las variedades, desde las palmas tropicales, hasta el castaño de las regiones heladas; desde el copudo y pequeño naranjo, que ostenta sus frutos de oro, hasta el encalipus largo y escueto; desde el ancho y sombrío roble, donde anidan las aves canoras, hasta el severo y delgado ciprés, que apenas se extremee con las sacudidas del viento. Aquí, una plazuela coronada de ramos y hojas, que no dejan paso á os rayos del sol, conviviendo al amor con el encanto de una sombra misteriosa y dulce y con plácido silencio, no interrumpido sino por el susurro de las áuras y las flores que se besan; allí, una espaciosa calle de floridas acacias, por entre las cuales se ven á uno y otro lado campos de rosas y caprichosos surtidores que copian en sus últimas gotas los cambiantes de la luz; acá, un estanque espacioso y cristalino; donde se mecen con blanda coquetaría pequeñas y elegantes barcas; allá rampas suaves guarnecidas de arrayanes sumbríos, ó curvas irregulares de pendiente rápida, que descubren de repente y como por ensalmo dilatados horizontes de espesas enramadas, ó grutas naturales llenas de encajes finisimos y defendidas por arcos de cascadas, como si fuera la sagrada vivienda de los geniecillos del bosque; arroyuelos que serpentean, idios de la primavera en cada árbol y en cada flor; troncos seculares, que recuerdan los misterios druidas; estatuas de alabastro, por cuyas sinuosidades bellas se deslizan amorosamente varas de jazmines, confundiendo en un abrazo estrecho la Naturaleza y el arte, á manera de comunión entre Dios que crea, y el hombre que imita para acercarse á su imágen; y en fin, lo nunca visto, ni gozado, lo que no puede describirse ni imaginarse, lo que podría constituir el ideal de la vida, si no hubiera en ella otras irresistibles energías que piden distintos y más altos objetos con la santa voz de la ciencia, del arte, de la virtud y de la gloria.

En medio de este Paraíso, se levanta la casa que fué residencia del poeta. Sobre los primeros y magnificencias que en ella ha sabido reunir el buen gusto más delicado y rico, y que sorprenden al que la visita, ostentó en esos días, después del homenaje nacional tributado á Zorrilla, un gloriosísimo ornamento. En el gabinete principal estuvieron esparcidas por muebles y espejos, en desorden encantador, las coronas y trofeos que el entusiasmo popular depositó á los pies del egregio cantor de Granada. Jamás palacio alguno se adornó con tan excelsas galas.

Al entrar en aquella estancia, donde entre los colores de la bandera nacional de cintas y lazos, y entre los laureles con que España honró á su gran poeta, se podía contemplar la venerable cabeza á que destinara tantos y tan merecidos galardones la admiracion de la patria, sentíase orgullo de haber nacido en tierra española. L. M.